

# **LA VIDA EN LOS OJOS. (I).**

## **LOS OJOS EN LA HISTORIA Y EN LA MITOLOGÍA DE LAS ANTIGUAS CIVILIZACIONES**

---

ÁNGEL FERNÁNDEZ DUEÑAS  
ACADÉMICO NUMERARIO

---

### **Introducción**

Me apresto hoy, continuando la visión antropológica de los términos *manos y pies* de anteriores trabajos, a realizar una aproximación semejante con la palabra *ojos* y, como siempre, huiré de las múltiples acepciones diferentes a las que, exclusivamente, se refieran al ojo humano. El propio título del trabajo que ofrezco, *La vida en los ojos*, eso pretende transmitir, ya que la vida, en la tercera acepción del Diccionario de la Lengua Española, es definida como *la unión del alma y del cuerpo*, concepto ratificado en la décima al dar, simplemente, el significado de *ser humano*. La décimo octava acepción, por su parte, que explica el término como *expresión o viveza, especialmente hablando de los ojos*, aún fundamenta más tanto el título aludido como mi declarada intención.

Con este tercer trabajo de corte antropológico sé que corro el riesgo de *estar tan a los ojos* (frase popular que podría entenderse como “estar visto”), que pudiera parecer cuestión poco original por repetida, posible acusación a la que hago frente en mi defensa aduciendo que la originalidad no está en mi escritos, sino en las distintas partes anatómicas tratadas, que, formando parte indisoluble de la persona, cada una de ellas ofrece sus propias peculiaridades, que convergen en un todo anatómico y funcional, que es el ser humano.

Sí que es cierto que seguiré, en mi exposición, una parecida metodología, no sólo por tenerla ya aprendida, sino además, porque considero que es la más armónica y coherente para un trabajo de este tipo. Y así, dividiré mi escrito en siete apartados, por supuesto, íntimamente relacionados. En primer lugar, trataré sobre “Los ojos en la historia y la mitología de las antiguas civilizaciones” sin tener rebozo en recurrir a leyendas y mitos, muchas veces precursores del mismo “hecho histórico”. El capítulo segundo se ocupará de “Los ojos en el lenguaje popular: dichos y refranes”, exponiendo todo tipo de éstos, en los que se les cita expresamente. Me ocuparé después, de “Los ojos en la Medicina”, que, además de contar, siquiera sea a vuelapluma, con los mismos balbuceos míticos y legendarios enunciados, también ofrecerá todo un repertorio de proverbios y expresiones populares referidas a las enfermedades oculares y a su tratamiento. Con el cuarto capítulo se inicia la parte, digamos, más genuinamente antropológica. En él, se analizarán los movimientos de los ojos, como manifestación de sensaciones y actitudes y sus funciones, tales como ver, mirar, soñar y llorar. En el quinto, titulado “Ojos, espejos del alma”, se expone todo el proceloso mundo de sentimientos que puede gestar el alma humana. Por fin, el capítulo sexto y último, “La belleza en los ojos”,

quiere ser todo un canto a ese símbolo de la estética petrarquista, siempre continuado y presente en las rimas de casi todos los poetas que en el mundo han sido.

En un anticipo de las expresiones populares que han de abundar en las páginas siguientes, he de decir que *con estos ojos que se han de comer la tierra*, he rastreado miles de poemas, cientos de reproducciones artísticas, decenas de libros de historia, varios de Mitología, incluso la Biblia en su totalidad, acopiando todos los datos que he sido capaz para dar forma a mi proyecto.

Y una última aclaración: Como a lo largo del trabajo se repetirán hasta la saciedad los vocablos *ojo* y *ojos*, he de aclarar que en nuestro idioma existe una considerable diferencia entre el singular y el plural. Éste se ha de utilizar siempre, cuando la acción del verbo exija el ejercicio de los dos a la vez; en cambio, cuando sólo se quiere representar alguna acción determinada, para la cual no sean necesarios ambos o la referencia sea exclusiva a uno de ellos, deberá usarse el singular. No obstante, los galiscistas toman, no pocas veces, *ojo* por *ojos* y viceversa; como ejemplo del primer caso, leemos en "Sátira a una alcahueta" de Diego Hurtado de Mendoza: "*Es fama y antes tuve yo sospecha, / que goza de doblada vista el ojo / de la putana vieja contrahecha*"<sup>1</sup> o en la "Carta para Arias Montano" de Francisco de Aldana: "*No digo más sobre esto, que podría / cosas decir que un mármol deshiciese / en el piadoso humor que el ojo envía*"<sup>2</sup>; y, como contrapunto, hay quien ha tachado de galicismos inadmisibles frases como *mirar con ojos tiernos*, cuando ésta o similares, en uno u otro sentido, las encontramos en Gutierre de Cetina en su célebre "*Ojos claros, serenos*."<sup>3</sup> del que habremos de ocuparnos más adelante o en el mismísimo Luis de Góngora en sus "Soledades": "*..De lágrimas los tiernos ojos llenos*."<sup>4</sup> Siguiendo el ejemplo de nuestros clásicos, podemos pensar en pasar por alto excesos de preceptiva literaria.

## (I) Los ojos en la Historia y la Mitología de las antiguas civilizaciones<sup>5</sup>

En la prehistoria e incluso en algunos pueblos primitivos actuales, la magia era utilizada como el último y supremo recurso para resolver los problemas cotidianos de la comunidad, utilizando procedimientos, que si bien, hoy día, nos pueden parecer absurdos, sí que estaban de acuerdo con la lógica incipiente que ellos podían desarrollar.

<sup>1</sup> Hurtado de Mendoza, D.: "Sátira a una alcahueta", en *La poesía española. Antología comentada*, Círculo de lectores, t. I, p. 462.

<sup>2</sup> Aldana, F. de: *ibid.*, p. 492.

<sup>3</sup> Gutierre de Cetina: *ibid.* p. 478.

<sup>4</sup> Góngora, L.: "Soledad Primera", *Luis de Góngora. Poesía selecta*, Edicomunicación S.A. Barcelona, 1993, p. 129.

<sup>5</sup> *Diccionario de la Mitología mundial*, Edaf ed., Madrid, 1971.

*Mitología*, Abril, editor Víctor Civita, Sao Paulo-Brasil, 1974. t. I, II y III.

Garrido Aranda, A.: *Pensar América. Cosmovisión mesoamericana y andina*, Obra Social y Cultural Cajasur- Ayuntamiento de Montilla, Córdoba, 1997.

*Historia de la Humanidad*, Ed. Planeta Sudamericana, Buenos Aires, 1979, t. I (pp.168-189 y 547-589) y t. II (pp.189-220, 439-474 y 699-758).

Pijoán, J.: *Summa Artis, Historia General del Arte*, Espasa Calpe S.A. Madrid, t. I (1980), II (1970), III (1980), IV (1978) y X (1981).

*Historia del Arte*, t. I, II y III, Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1970.

*El rostro humano en el Arte*, Salvat Editores, S.A., Barcelona, 1973.

Panyella, A.: *La cabeza según los pueblos primitivos y las culturas tradicionales*, Suplementos Sandorama, 1986.

Crespi Más, E.: *Animales fantásticos*, Daragrafic, S.A., Madrid, 1988.

Y así, por ejemplo, para impetrar la lluvia derramaban agua sobre la tierra y ante los persistentes aguaceros, encendían fuego para que su poder secante influyera sobre las nubes. Con respecto al mundo animal del que dependían especialmente por ser la principal fuente de su alimentación, no es extraño que el hombre primitivo también con el auxilio de la magia, intentara apropiarse la fuerza de los grandes carnívoros, la astucia de la zorra, la velocidad del ciervo y la vista agudísima de ciertas aves, utilizando determinados órganos de dichos animales a la hora de poner en práctica sus hechizos y conjuros. El dato más antiguo conocido actualmente de relación mágica entre un hombre y un animal, se dio entre un *Homo habilis* de Tanzania, de una antigüedad aproximada de un millón setecientos mil años y tres antílopes, a los que rompió las órbitas oculares derechas para sacarles los ojos, en una ceremonia ritual de caza.

Circunscribiéndonos a los ojos, los antiguos griegos para que su vista adquiriera la sagacidad del águila, restregaban los suyos con la bilis de dicho animal y lo mismo hacían los indígenas de Méjico utilizando a la serpiente y los habitantes del norte de la India comiéndose los ojos del búho, capaz de ver en las tinieblas y los salvajes de la selva brasileña con un halcón de pico encarnado, de vista especialmente aguda, al que sacaban los ojos dejando caer en los propios, la sangre y el líquido que aquellos destilaban.

Durante las faenas de caza, tan necesaria para su supervivencia, nuestros ancestros siempre tomaban precauciones, tales como sacar los ojos de todas las piezas cobradas para evitar la venganza del espíritu del animal que pudiera haber visto al cazador; ciertas tribus africanas, además, introducían el ojo derecho del animal en un pequeño hoyo, recitando conjuros y oraciones mágicas para alejar todo posible daño e incluso, como hacían los samoyedos del norte de Rusia, enterraban los ojos de los renos abatidos en un lugar poco transitable, ya que la persona que tuviera la desgracia de pisar dicho terreno acarrearía la desgracia para sí y para su pueblo.

En las acciones de guerra también se usaban los ojos como objeto mágico; después del combate se les extraían a uno o dos cadáveres y junto a las orejas y los labios extirpados, eran pisoteados pretendiendo con ello que los espíritus de los muertos quedarán sordos e inutilizada su vista. Y, para infundir valor a los jóvenes, un guerrero cogía la lengua y los ojos de un muerto en combate y después de machacarlos y mezclarlos con los propios orines, les hacían beber la poción en un acto ritual en el que, sentados entre las piernas de un anciano, tenían que mantener los ojos cerrados.

Los ojos cerrados también formaban parte de otros ritos tribales. Los indios del NO de América en el ritual de la recogida de la frambuesa, tenían que permanecer de esa forma, siendo castigado severamente aquel que osase abrirlos en su transcurso. Igualmente, en otros sitios también tenían que tener los ojos cerrados los novicios en las ceremonias de iniciación para que, al despertar en su simbólica resurrección, lo hicieran, ya, en el mundo de los adultos. Algunas tribus, incluso se los cerraban con cemento o cal.

Referentes a los ojos son estos amuletos polinésicos maoríes de Nueva Zelanda, en piedra de nefrita azul y estos mástiles totémicos del NO de América, en que, igualmente, los vemos representados.

Desde la más remota antigüedad el hombre tendió a personificar los fenómenos naturales llegando a modelar el mito de la divinidad según esos fenómenos y tendiendo a imaginar a sus dioses —de la tierra, el aire y el cielo— con forma humana. Esto se puede constatar especialmente, en la mitología védica, en la que el antropomorfismo de las fuerzas naturales nutrió de dioses el panteón hindú. De otra parte, su primitiva concepción fisiológica, naturalmente muy simplista, partía de dos asertos: una absoluta co-

respondencia entre el cuerpo humano y sus partes, paralela a la del cosmos con sus divisiones; de ahí establecían una especie de semejanza entre las “partes” humanas y las “divisiones cósmicas”, resultando, que el sol del universo estaba representado en el ojo humano.

Eso podríamos deducir de esta pieza neolítica, procedente de Morón de la Frontera, en la que sobresalen sobre un simple volumen cilíndrico, unos ojos fuertemente acusados como el elemento fundamental y más revelador del rostro; y aún más: los ojos consisten en una bien diseñada pupila, alrededor de la cual se disponen en círculo, una especie de rayos dándole al conjunto un cierto aspecto de sol. En esta otra cabeza de madera tallada utilizada por el pueblo *fang* de Gabón para hacerla bailar en danza ritual, se perfila el rostro pero los ojos quedan reducidos a sendas hendiduras palpebrales. Comparando estas dos piezas con la “Cabeza de Amorgos” perteneciente a la “cultura de las Cícladas” del periodo prehelénico, pudiera parecernos un retroceso en el arte al contemplar una cabeza sin ojos, pero tal esquematización de líneas no significa que se deba a una técnica primitiva, sino a un deseo de simplificación, como podemos contrastar en esta terracota chipriota, de las mismas época y cultura, que representa a la Diosa Madre, símbolo de la fecundidad, poseedora de amplios ojos redondos sumamente expresivos. Estas cuatro esculturas tienen en común su enorme parecido con algunas creaciones plásticas recientes del arte contemporáneo, como por poner un ejemplo, con el “Estigmatizado”, pintura realizada en los primeros años del siglo XX por el expresionista Paul Klee.

En la civilización egipcia, el ojo aparece en muchos de los momentos y concepciones más interesantes de la evolución cultural y política del país del Nilo. En la llamada, *paleta de los chacales*, en la que varios de estos animales y una jirafa rodean un círculo central, que servía para diluir cosméticos o para ungüentos sagrados, empieza a aparecer la formulación plástica de su peculiar sistema visual, siempre simbolizado por el sol. El cielo egipcio es un cielo superior solar, el cielo solar de Rá con campo de luz y, sobre todo, inteligencia; en una palabra, el cielo-paraíso de la Beatriz de Dante: “*Que en sus ojos tal gozo relucía, / que al fondo con los míos ir pensaba / del paraíso y de la gloria mía..*”, dice el poeta<sup>6</sup>.

Intentando una rápida exposición del siempre complejo panteón egipcio, limitados siempre a las deidades solares, esbozamos, siguiendo un método cronológico, las variadas vicisitudes que se sucedieron en el culto a sol.

Durante el periodo predinástico, los dioses egipcios eran zoomórficos y de entre ellos, el dios del sol y de la luz, fue Horus-Halcón, que mantendría su hegemonía durante las I y II Dinastías. Dice el “Himno de la Corona blanca” (del Alto Egipto) en el *Texto de las Pirámides*: “*¡Ojo de Horus en el que los dioses se regocijan..*”; *el ojo de Horus, ojo brillante que vuela por el firmamento, porque el disco solar es, también, un Halcón.*

En la III Dinastía asciende el culto a Osiris y a su hermana y esposa Isis, reyes del Bajo Egipto desde tiempos predinásticos y ahora, deidades inmutables y eternas responsables del orden y hermosura de la naturaleza. Según Plutarco y Diodoro, Osiris, llevaba implícito en su nombre el atributo de “el que tiene muchos ojos”, a pesar de ser representado por uno solo, porque al ser dios del Sol, sus rayos eran otros tantos ojos con los que contemplaba a los humanos. A este respecto, como un ente protector, se utilizaba en el antiguo Egipto, el *ojo de Osiris* o *udjat*, que se colocaba en las tumbas

<sup>6</sup> Dante Alighieri: *La Divina Comedia*, Biblioteca Sopena, Barcelona, 1962, “Paraíso”, Canto XV, p. 527.

junto a un escarabajo alado, llamado *kheprá*, para que protegiesen al difunto en el camino de la eternidad, como vemos en esta pintura correspondiente a la XVIII Dinastía, en la que aparece, junto a la escena de la adoración al dios, el “ojo de Osiris”, omnipresente en la simbología de la muerte. Este ojo protector también se colocaba en la proa en las embarcaciones egipcias, lo mismo que hacían los fenicios y etruscos en sus naves.

Otros mitólogos, sin embargo, basándose en el mito de Osiris, que, muy resumidamente, consiste en su muerte, a manos de su hermano Seth y su resurrección, gracias a los desvelos de Isis, consideran a aquél dios del reino subterráneo, que recorre el mismo camino del sol, naciendo y muriendo cada día, por lo que su asociación con el astro rey resultaba una metáfora complicada. Para obviar esto y completar la trinidad divina, se *osirificaron* los antiguos dioses zoomórficos Anubis el Chacal, Thot el Ibis y Horus el Halcón, constituyéndose éste, de nuevo, como auténtico dios-sol. Para ello se le convirtió en el hijo póstumo de Osiris e Isis, transformando el Horus-el-Halcón de la mitología predinástica en Horus-el-Hijo, ya con figura humana pero con rostro de halcón, encargado de vengar a su padre en cruenta lucha con Seth, como resultado de la cual, éste le arrancó un ojo y lo lanzó al cielo, donde mutaría a astro solar. En este detalle de un sarcófago podemos ver a Osiris y a Horus-el-Hijo, cruzando los bastones del Alto y Bajo Egipto, ya, por entonces, unificados.

Otro dios solar egipcio durante la III y IV Dinastías fue Rá, sin forma humana, al principio llamado Atón, dios local de On, la futura Heliópolis o ciudad del sol, pero en la V y VI, se le instituyó como dios supremo y su culto, impuesto casi como religión del Estado. Para lograr esto, el clero heliopolitano, con objeto de no menospreciar a los demás dioses, ideó declarar a Rá padre, abuelo y bisabuelo de otros personajes divinos: Rá, primero y único, sólo en la nada, creó con su puño una primera pareja, Shu y Tefnut que engendrarían a Geb, la tierra y a Nut, la bóveda celeste. Estos, a su vez, procrearon cuatro hijos ya conocidos: Osiris, Isis, Seth y Nefthis. He aquí agrupados en pirámide, con Rá en el vértice, nueve dioses, formando la llamada novena o eneada de Heliópolis. Después se ampliaría el número con Horus, Thot y Ptah.

Posteriormente, cuando Tebas fue la capital del Imperio, aparece Amón, en principio dios solar tebano con cabeza de carnero, que en la XVIII Dinastía se identificaría con Rá formándose la simbiosis Amón-Ra, cuyo significado es “el sol en el horizonte”, representado empuñando el cetro y la cruz de asa, símbolo de la vida y tocado con la corona roja del Bajo Egipto y dos plumas de cola de gavián, símbolos de los ojos de Isis y Nefthis, desde entonces suprema dignidad en la mitología egipcia, que se representaba, sucesivamente, con la fisonomía del faraón reinante.

El advenimiento al trono de Amenofis IV significaría la más drástica renovación en el panteón de dioses egipcios. El nuevo faraón, que llevaba entre sus nombres, como era habitual, referencias a todos los dioses solares como Horus encarnado, Amado de Rá, y Amón visible, repuso a Atón como deidad única, por tanto, dios-sol sacralizado, algo diferente de Rá y, sobre todo, absolutamente distinto de Amón, sol encarnado, humanizado y faraonizado y quiso llamarse, en adelante, Akenatón, cuyo significado es “el que es favorable al globo (del ojo) solar”, apostatando de su categoría de personaje divino y eterno, de hijo de Amón, cuyos templos y efigies destruiría, trasladando la corte de Tebas a un nuevo emplazamiento, Aketa-Atón, el “Horizonte de Atón”. En las cinco siguientes imágenes podemos ver, sucesivamente, la “Estela de los enamorados en el jardín”, representando a Akenaton y su esposa Nefertiti antes de su quehacer reformador, como demuestra la inexistencia del disco solar, en tanto que, en las cuatro restantes, “Estela de la luna de miel”, “Estela del gineceo”, “Estela del himno a Atón”

y “Estela del ofertorio a Atón”, posteriores a su reforma, ya aparece el sol, irradiando hacia abajo divergentes rayos, cada uno de los cuales termina en una mano humana, simbolizando el contacto de la divinidad con sus criaturas.

Pero la reforma del faraón místico, no duraría mucho tiempo; su yerno Tutankhamon volvería a restaurar el culto a Amón-Rá, el dios solar humanizado en el propio faraón. Esta imagen que representa a Tutankhamon, ungido por su esposa, debe corresponder a sus primeros años de reinado, ya que aún aparece el símbolo del sol ideado por Akenatón.

Después, Rá seguiría siendo la personificación del sol hasta el fin de la civilización egipcia. Merced a su “Ojo Divino”, vigilaba y protegía o castigaba a los humanos; en las ocasiones de manifestar su cólera, tomando la forma de Hathor, madre del sol naciente. Aún cabría citar a un dios local, de Letópolis, Mekhenty-Irty, “el de los dos ojos”, así llamado porque le fueron donados por el mismo Horus.

En un intento de resumir toda esta compleja teogonía egipcia, contemplemos los signos solares esculpidos en la pared de la tumba del faraón Seti II: El escarabajo *keprá* empujando la bola es el símbolo de Rá moviendo el disco solar; representa al Bajo Egipto. El monstruo con cabeza de carnero es el símbolo de Amón, dios solar del Alto Egipto. El círculo que les incluye representa a Atón, el dios del sol.

Pero los ojos en Egipto, no sólo los encontramos en la mitología, sino también en el arte. Es innegable que, al contemplar una figura humana egipcia, con sólo mirarle los ojos casi se desvanecen los demás colores y formas y toda la atención queda prendida en la mirada, como podemos comprobar en la cabeza de la princesa Nofrit, el más antiguo retrato femenino identificado en toda la historia del arte, en el que sobresalen unos bellísimos ojos negros incrustados, llenos de fulgor o en esta figura de alabastro, correspondiente a un alto funcionario, en la que destacan unos enormes ojos incrustados en lapislázuli, que confieren a su rostro una bondadosa afabilidad o en la “Máscara funeraria de Tutankhamon”, de oro puro, poseedora de unos ojos soberbiamente maquillados.

Y lo mismo observaremos en la pintura, en la que, siempre, aparecen las figuras con el tronco de frente y el rostro de perfil y en éste, los ojos negros y enormes, lateralizados, los llamados “ojos de cierva”, como vemos en el retrato de Meryt-Amon, esposa de un intendente de Amenofis II, o en las figuras de tonos rojizos de las dos hijas menores de Akenatón y Nefertiti, en las que resaltan aún más los ojos maquillados; o en las mujeres representadas en esta escena de un banquete, todas poseedoras de “ojos de cierva” excepto las dos animadoras, colocadas de frente, postura que constituye la única excepción en toda la pintura egipcia. Estos mismos ojos lateralizados los encontraremos también en los frescos del arte minoico tardío del periodo prehelénico y en la pintura etrusca, en la “Lucha de los atletas” y en las antiguas miniaturas hindúes, como observamos en las dos primeras de estas muchachas de ojos almendrados bajo el amplio marco de la ceja sinuosa, portadora, una de ellas de un colorista abanico de plumas de pavo real; e incluso, en un mosaico, hallado en Pompeya, “La batalla de Issos”, en el que un Alejandro Magno triunfador de Darío, rey de los persas, nos ofrece un “ojo de cierva” un tanto estrábico.

Han llegado hasta nosotros unos poemas de la época de la XII Dinastía, en los que los ojos vuelven a ser protagonistas, en un canto brotado de las creencias del hombre egipcio. Dice así el tercer poema: *La muerte está hoy en mis ojos/ como cuando un enfermo sana,/ como cuando se camina después de la enfermedad/...La muerte está hoy en mis ojos/ como aroma de mirra;/ como cuando te sientas bajo la vela del barco un día de viento./ La muerte está en mis ojos/ como el perfume de los nenúfares,/ como cuando te sientes en la margen de la embriaguez...*

Lo mismo que en Egipto, el culto al Sol y su relación con el ojo, vamos a encontrarlos en la cultura mesopotámica aunque de forma menos estructurada. La triada suprema estaba constituida Shamash o Utu, dios del sol, Sin, dios de la luna e Istar, diosa de la vida y de las estrellas, representada en esta estela en la que, en su parte superior, podemos contemplar los respectivos símbolos de las tres deidades astrales. Las representaciones de Shamash, excepto en la estela del Código de Hammurabi, en la que su condición solar sólo se manifiesta en los rayos irradiados de sus hombros, siempre están acompañadas del disco solar, como en esta escena, en la que el dios aparece con un monarca de Babilonia o en una similar de cerámica, del arte asirio.

La principal función de Shamash, como la de los dioses-sol egipcios, como la del Helios griego, consiste en iluminar a los dioses y a los hombres y hacer brotar a las plantas pues, como diría Homero, vivir es ver la luz del sol. Otra función del astro rey, análoga en todas las civilizaciones, es la de juez; su ojo todo lo ve, como se puede leer en un himno órfico, que le llama “el ojo eterno del cielo”.

Existen, asimismo en otras teogonías, la misma relación ojo-sol descrita, como en la védica ya aludida, con Surya, el mismo sol, cuyos rayos expande desde los tres ojos que iluminan su cara, al que Zaratustra sustituiría por Ahura-Mazda, para después, en el reinado de Darío I, ser rescatado del antiguo panteón politeísta hindú, Mitra, identificado con todos los dioses-sol del mundo clásico; y en la hitita, con la princesa Kizuvadna, sacerdotisa de Arinna, considerada como diosa del sol; y en la semita, con Baal; y en la escandinava, en la que el primero de sus dioses y creador del universo, Odin, después de sacrificar un ojo para obtener un sorbo de agua de la fuente de la Sabiduría, convirtió al otro en sol; y la misma relación podemos encontrar en Intip-Raymi, Ser Supremo de los incas, cuyo rostro era representado por un disco de oro, rodeado de llamas y rayos y en Viracocha, deidad solar encarnada en el propio Inca; y en la “Piedra del Sol”, también llamado “Calendario Azteca”, que representa lo más sagrado de la hierática ciencia de esta civilización precolombina, en cuya parte central se encuentra representada la *Leyenda de los soles*, que refiere la existencia previa y sucesiva, de los soles de Tierra, de Viento, de Fuego y de Agua, representados, respectivamente, por los dioses Tezcatlipoca. Quetzalcóatl. Thalocatecuhtli y Chalchiuhtlicue, que fundamentarían el quinto y último sol, representado por Huitzilopochtli. Podemos encontrar otras civilizaciones con una concepción mitológica común en la relación de la luna y el sol con los ojos. Así sucede en la china, que afirma que estos dos astros fueron, en su origen, los ojos, desplazados al cielo, del mítico P'ánkú y otro tanto sostiene la polinésica con respecto a los propios ojos de su dios supremo Vatea. Cabe citar en la mitología japonesa al dios del amor Aizen-Mio-ö, representado con tres ojos y seis brazos.

Continuemos esta extractada visión sinóptica del ojo en la historia de las religiones y de las culturas arcaicas, recurriendo a la Biblia, a lo largo de la cual se repite cumplidamente dicho término, tanto en su propio sentido anatómico-fisiológico, como en el figurado; en lo que respecta a la palabra ojo (*'ayin*) y a sus funciones, no hemos de incidir ahora ya que irán apareciendo citas a lo largo de todo el trabajo en sus diferentes apartados. En cuanto al sentido figurado, es obvio que, como las pasiones del hombre son expresadas con los ojos y en todas las culturas se utiliza el susodicho término para denotar las afecciones del ánimo y las buenas o malas cualidades, no entraremos tampoco en su análisis.

Sí que nos vamos a referir ahora al llamado *Ojo de Dios o de la Providencia*, contemplado también en todas las culturas de la antigüedad como acabamos de ver. En la tradición cristiana se le representa como un ojo humano dentro de un triángulo y, muy recientemente, Eduardo Arroyo, en sus originales ilustraciones de los cinco primeros

libros de la Biblia, lo identifica con un zepelín para denotar que es un ojo que vuela, que siempre está flotando por el universo. Este dibujo simbólico de Arroyo, sin embargo, no me parece excesivamente original si contemplamos esta litografía de Odilon Redon, realizada en los años finiseculares del XIX, titulada “El ojo como un globo extraño se dirige hacia el infinito”, reflejo de un tema especialmente tratado por el pintor francés, padre del simbolismo, verdaderamente obsesionado con los ojos, a los que representa, unas veces con apariencias astrales y otras, abiertos o cerrados como símbolos, respectivamente, de conciencia universal o de la vida interior y soledad. Disquisiciones aparte, el “ojo de Dios” se refiere, en fin, al Ser Supremo que vigila y cuida a sus criaturas de la Tierra, como reconoce Dante en su “Divina Comedia”: “*¡Trina luz que a sus ojos refulgente/ en sólo un astro estás placiendo/ mira nuestro huracán acá rugiente*”<sup>7</sup>, repitiendo el sentir del Deuteronomio: “*Vuelve los ojos desde tu santuario y desde la excelsa morada de los cielos, bendice a tu pueblo de Israel*”<sup>8</sup> y la oración de los Salmos: “*Porque desde su excelso santuario inclinó sus ojos. Púsose el Señor desde el cielo a mirar a la tierra*”<sup>9</sup>. Esa mirada de Dios a la que Job así reverencia: “*Ni la misma luna tiene resplandor. En su presencia la luna y las estrellas no están limpias a sus ojos*”<sup>10</sup> y que Zacarías llega a definir: “*Las siete luces del candelabro con los siete ojos del Señor, que recorren toda la tierra*”<sup>11</sup>. Ese ojo divino que en nuestros propios días, ve así el poeta Gaetano Longo: “*Para pasar el tiempo/ a veces Dios se disfraza de Tiempo/ y su ojo infinito nos mira, nos consume/ y se ríe*”<sup>12</sup>.

También en la Biblia nos encontramos numerosos datos referentes al diario vivir de los antiguos israelitas, entre los que entresacaremos el relativo a los defectos y taras que impedían el ejercicio de algunos derechos, entre otros, el de hacer ofrendas al Señor; se afirma en el Levítico: “*...si corcovado, si legañoso, si tiene nube en el ojo, si sarna incurable, si algún empeine en el cuerpo, o fuere potroso*”<sup>13</sup>.

Asimismo, leemos en el Antiguo Testamento muchos datos sobre el acicalamiento de las mujeres de Israel, extensivo a otras civilizaciones arcaicas, como hemos visto al tratar de la egipcia: “*Entró, pues, Jehú en Jezrael. Jezabel, empero, informada de su llegada, se pintó los ojos con alcohol y adornóse la cabeza y púsose en una ventana a mirar*”<sup>14</sup>.

No podemos dejar de citar la expresión bíblica tan conocida de “ojo por ojo”, una de las formas de expresar la “Ley del Talión”, que, aun cuando su práctica se encuentra en la más remota compilación de leyes escritas, el Código babilónico de Hammurabi, conocido quinientos años antes de la legislación mosaica, el pueblo hebreo la puso en práctica como única ley penal para todos los delitos y crímenes de sangre, de tal forma que la frase “ojo por ojo” no es más que el inicio de una sentencia mucho más amplia, como podemos ver en el Deuteronomio: “*No te compadecerás de él, sino que le harás pagar vida por vida, ojo por ojo, diente por diente, mano por mano, pie por pie*”<sup>15</sup>. Mucho menos drástica es la siguiente sentencia del Éxodo, también relativa a los ojos:

<sup>7</sup> Dante Alighieri: *Op. cit.*, “Paraíso”, canto XXXI, p. 602.

<sup>8</sup> Dt XXVI, 14.

<sup>9</sup> Sal CI, 20.

<sup>10</sup> Job, XXV, 5.

<sup>11</sup> Zac IV, 10.

<sup>12</sup> Longo, G.: “Tiempos modernos”, de *Estudio sobre la metamorfosis*, *Los Cuadernos de Sandua*, 70, Publicaciones de la Obra Social y Cultural Cajasur, Córdoba, 2001, p. 38.

<sup>13</sup> Lev XXI, 20.

<sup>14</sup> Re (IV) IX, 30.

<sup>15</sup> De XIX, 21-Ex XXI, 24-Lev XXIV, 20, Mt V, 38.



*“Si alguno hiriera en el ojo a su esclavo o esclava y los dejare tuertos, les dará libertad por causa del ojo que les sacó”*<sup>16</sup>.

Esta ley cruel y terrible, que aún persistiría en Grecia y en Roma, e incluso, mucho después y aún actualmente, merecía esta triste *reflexión por parte del Mathama Ghamdi: “Ojo por ojo y el mundo acabará ciego”*.

Es, sin embargo, en la mitología griega, donde vamos a encontrar más personajes y más situaciones relacionados con los ojos, de entre los que se entresacarán los más significativos.

Los griegos, con el vocablo *ophthalmos*, designaban una cosa estimada y preciosa, si bien, a veces, no fuera tal; por ejemplo, los Gigantes, individuos de enorme talla y corpulencia tenían cien ojos y uno de ellos, Tifón, portaba hasta doscientos de aspecto terrible, por los que expulsaba grandes llamaradas. Es atractivo el mito de Argos, enorme gigante, portador de cien ojos, de los cuales, mientras cincuenta dormían los otros cincuenta permanecían abiertos. Habiéndose enterado Hera, esposa de Zeus, que éste había amado a lo comenzó a perseguirla por lo que, el padre de los dioses para protegerla de sus iras, la convirtió en una ternera blanca; no obstante, la vengativa diosa exigió que el animal le fuera consagrado y encomendó su vigilancia a Argos pero Zeus ordenó a Hermes rescatarla, encargo que éste llevó a efecto tras degollar al gigante. Hera, compadecida, lo transformó en pavo y colocó los cien ojos que tenía en la cola del animal. Otros monstruos, con cien ojos, pero de diferente familia, fueron los Hecátónquiros, Coto, Giges y Briareo, gigantes dotados de cien brazos y cincuenta cabezas.

Como absoluto contrapunto a dicha abundancia ocular, figuran los Cíclopes, que poseían sólo un ojo circular en la frente; existían cuatro categorías: los *uranianos* de los que Hesiodo sólo menciona a tres: Argés, Steropés y Brontés, identificados, respectivamente, con el rayo, el relámpago y el trueno; los *herreros* Piracmón y Acamas, ligados a la metalurgia; los *constructores*, a los que se atribuía la erección de todos los monumentos prehistóricos de Grecia y, finalmente, los *pastores*, cuya única riqueza consistía en sus rebaños de ovejas. El más conocido de ellos es, sin duda, Polifemo al que así describe Góngora: *“Un monte era de miembros eminente/ este que, de Neptuno hijo fiero,/ de un ojo ilustra el orbe de su frente,/ émulo casi del mayor lucero”*<sup>17</sup>, famoso por su brutalidad y su antropofagia, si bien Ovidio nos ofrece su lado humano, refiriendo su amor imposible con la bella nereida Galatea. Sin embargo es su primer aspecto de criatura fiera y solitaria el que recoge Homero en su “Odisea” cuando Ulises y sus compañeros arriban a las costas de Sicilia, siendo apresados por el cíclope, que los encierra en su caverna, sirviéndoles de alimento hasta que el propio rey de Ítaca logra cegarle con una estaca puntiaguda, logrando huir aprovechándose de su ceguera.

Pero son las Greas -Dino, Enio y Péfredo- los seres menos dotados de ojos de toda la mitología, ya que disponían de uno solo ojo y de un solo diente para las tres, circunstancia que aprovecharía Perseo para decapitar a Medusa, como veremos casi seguidamente.

Existe un tema, el *“mal de ojo”* que es obligatorio tratar y voy a ubicarlo aquí por ser práctica muy común a lo largo de los tiempos. No sólo los pueblos salvajes sino también los civilizados han creído en la influencia maléfica de la mirada de ciertas personas, que por medio de ella, pueden dañar los cuerpos y las almas de otros, e incluso, al no poder controlar el poder de su mirada, el presunto hechicero, puede perjudicar-

<sup>16</sup> Ex XXI, 26.

<sup>17</sup> Góngora, L. de: “Fábula de Polifemo y Galatea”, Ibid., 107.

se él mismo si ve su imagen en un espejo o corriente de agua, como asegura Plutarco que le sucedió a Eutélidas y como podemos constatar en el mito griego de Narciso. Algunos pueblos no civilizados creen que la hermosura y la riqueza atraen el “mal de ojo”. Pero el ajojador no funciona sólo con la mirada -de la que dicen los clásicos árabes, que “es más penetrante que una flecha”- sino que, detrás del ojo se encuentra la malicia o la envidia, que constituyen el elemento activo. A su “patogenia” ya se referían Demócrito, Plutarco y Heliodoro aunque no entraremos en los sutiles mecanismos que ellos invocan. Podríamos citar testimonios de esta creencia, arraigada en todos los pueblos a lo largo de la historia y a lo ancho de toda la geografía de la Tierra, desde Extremo Oriente a Suramérica; desde Oceanía al continente africano y también en la vieja Europa, concretamente en Italia (*malocchio*), en la que, aún en nuestros días, sobre todo en Nápoles (*jettatura*) y Sicilia (*mursiana*), tiene un notable arraigo.

Pero el hombre, no sólo ha temido el “mal de ojo” de sus semejantes, sino también la mirada maléfica de ciertos animales. Además de la serpiente, temida en todas las épocas desde el Génesis, de cierto pájaro de Brasil de mortífera mirada, de la liebre -animal favorito de las brujas- y el conejo, cuya alusión a su nombre aún es considerado “mal fario” en ciertos condados de Inglaterra, no me resisto a citar al *catoblepo*, fabulosa especie de las fuentes del Nilo citada por Plinio en su “Historia Natural”, de cuello muy largo y delgado y cabeza con cuernos; al pavo real, considerado uno de los animales de mirada más dañina tal vez por ser el símbolo de Hera, la divinidad más perversa y envidiosa del Olimpo griego y a un pequeño lagarto inofensivo de Arabia, al que sin embargo, el mismísimo Mahoma llamaba *fuwaisaq* o “pequeño malhechor”, también dotado del poder del “mal del ojo”.

Igualmente en algunas antiguas civilizaciones podemos encontrar deidades maléficas, cuya mirada era peligrosa incluso mortal. Por ejemplo, en la mitología sumeria se cita la lucha sostenida por el héroe Gilgamesh con Humbaba, ser monstruoso de un solo ojo cuya mirada era petrificante. Otro tanto, podemos encontrar en Libia, con Katoblepas y en Islandia, con Bador y en la misma Europa, Ispaddaden Pennkawr, en Gales y Vi, en Serbia. En la Grecia clásica, donde el “mal de ojo” era llamado *baskania*, destacaba Envidia, hija del gigante Palas y de la Estigia; se la representaba con la cabeza rodeada de serpientes erizadas y mirada sombría y odiosa, que parece definida en una elegía de Juan Ramón Jiménez que dice así: “*de otros mundos/ donde reina la diosa de los ojos fatales/ que hace a los hombres, con su olor, meditabundos*”<sup>18</sup>.

En la mitología helena nos encontramos a las Gorgonas, Medusa, Estenos y Euriale, que perdieron su hermosura por considerarse más bellas que las diosas del Olimpo siendo transformadas en monstruos con cabellera de serpientes, colmillos de jabalí y garras de bronce pero dotadas del poder de petrificar a todo aquel que osara mirarlas a los ojos, como le sucediera al gigante Atlas, convertido en montaña. De las tres, la más feroz y temible era Medusa, la única mortal por haber tenido la osadía, tras su primer pecado, de demostrar su desprecio a los olímpicos entregándose a Poseidón en el mismo templo de la casta Atenea. Perseo, cuya muerte le había sido encomendada, tras encontrarla por indicación de sus hermanas las Greas a las que quitó su diente y su ojo hasta lograr su información, terminaría con ella, decapitándola.

Otra deidad, es la hinhú Sani, genio que tutelaba las conciencias, los destinos y la trasmigración de las almas, cuya mirada resultaba fatal. Incluso una divinidad benéfica de la teogonía esquimal, como era Eeyeekalduk a la que se invocaba para alivio de las enfermedades, podía resultar peligrosa si se le miraba a los ojos.

<sup>18</sup> Juan Ramón Jiménez: *Platero y yo. Antología poética*, elegía 25, p.141.

Para precaverse de los efluvios de una mirada malintencionada o de los dardos invisibles de una enfermedad, se emplea el amuleto cuyo objeto es transferir al portador su *dynamis* específica. Esta fuerza propia del amuleto deriva de su misma naturaleza según su encuadramiento en cadenas de atracción o repelencia o de su utilización con ritos especiales o de fórmulas mágicas y dibujos tallados, grabados o pintados en él. El material, la forma o la palabra son los elementos fundamentales del amuleto, que, normalmente, dado que obra por transferencia dinámica, se debe llevar colgado del cuello.

Los pretendidos remedios contra “el mal de ojo”, curiosos y variados, han sido y siguen siendo, entre otros, representaciones del ojo y de manos o dedos en ciertas actitudes, herraduras, ajo, ágata, piedras horadadas, cáscaras de huevo rellenas de cera claveteada, saco con sal, anillos de plata, cuernos, colmillos de jabalí, garras de tigre, tela encarnada –el color que más temen las brujas-, seda trenzada de color amarillo o pieza de lana del mismo color y, sobre todo, el falo, omnipresente en todas las culturas, incluso en la romana, como queda demostrado en las ruinas de una casa de Pompeya, en cuya fachada aparece un falo, junto a la inscripción *hic habitat Felicitas*. Fue tal la confianza en este remedio por parte de la sociedad romana, que Plinio el Viejo llegó a llamarle *medicus invidiae*.

Especial mención merece el *ojo fascinador* de la antigüedad clásica destinado a luchar y vencer al ojo del hechicero y que era colocado en el dintel de las puertas o en las joyas de uso diario, deparando así una protección perpetua. Existían diversos tipos, en uno de los cuales puede verse el ojo rodeado por siete figuras simbólicas, que representan las siete deidades poderosas y bienhechoras que presiden respectivamente, los días de la semana y proporcionan, por tanto, protección para cada uno de ellos.

Pero no sólo han existido en la antigüedad ojos protectores como este “ojo fascinador” o como el “ojo de Osiris”, citado antes. También ha habido (¿y sigue habiéndolo?) un ojo explorador de los más recónditos secretos del alma. Me refiero al *tercer ojo* u *ojo de la sabiduría* que nos refiere el lamaísmo y otras culturas arcaicas. Según los lamas, la clarividencia es un don que muy pocos humanos poseen pero estos elegidos pueden aumentarla cuando disponen del “tercer ojo”. Éste se adquiere, todavía en la infancia dentro de una ceremonia ritual de iniciación, horadando el centro de la frente, donde se deja incrustada una cuña de madera endurecida, que tras permanecer colocada durante dos o tres semanas, es extraída y quemada mezclada con incienso. Así, el iniciado ya está en disposición de poder ver el aura que rodea el cuerpo, aura que es la radiación de la fuerza vital interna, del ego, del alma. Este nuevo sentido va desarrollándose progresivamente y, además de poder percibir los sentimientos humanos por el color, intensidad y fluctuaciones de su aura, puede llegar a conocer el estado de salud de una persona.

Lobsang Rampa, lama tibetano, nos cuenta en su interesante libro, además de sus propias experiencias, toda la filosofía del lamaísmo, una forma de budismo con mayor esperanza y creencia en el futuro. Recuerda una antigua leyenda del Tibet, que afirma que, en tiempos lejanos, todos los hombres y mujeres poseían el “tercer ojo” anulado después por la divinidad en un ejemplar castigo, persistiendo ese don sólo en algunas personas escogidas. Defiende con razonamientos filosóficos, aplicación de ciertas leyes naturales y asertos científicos aprendidos tras su llegada a Occidente, los fundamentos de la clarividencia, la facultad telepática, la capacidad de levitación y de la telequinesia; explica ésta, partiendo de que los pensamientos son ondas de energía y la materia nada más que energía condensada, resultando, según él, que si el pensamiento se dirige, condensado en parte, hacia determinado objeto, puede conseguir desplazarlo.

En cuanto a la antigüedad de dicha creencia, podemos encontrarla en esta máscara

tibetana, tallada y policromada con la cara de color rojo -muy significativo en el lamaísmo- que presenta el “tercer ojo”, como lo tenían las caretas de los magistrados persas encargados de informar al rey de todo lo que ocurría en su territorio por lo que se les denominaba, precisamente, “ojo de rey”, según refiere Aristófanes en el año 425 a.C. e igual que lo vemos en esta otra máscara de procedencia nepalí, que representa a Shiva, divinidad hindú en su aspecto Bhairava, “el terrible”.

Dioses, mitos y hombres, que nos han prestado sus ojos, esta noche, para intentar explicar su importancia a lo largo de la Historia.